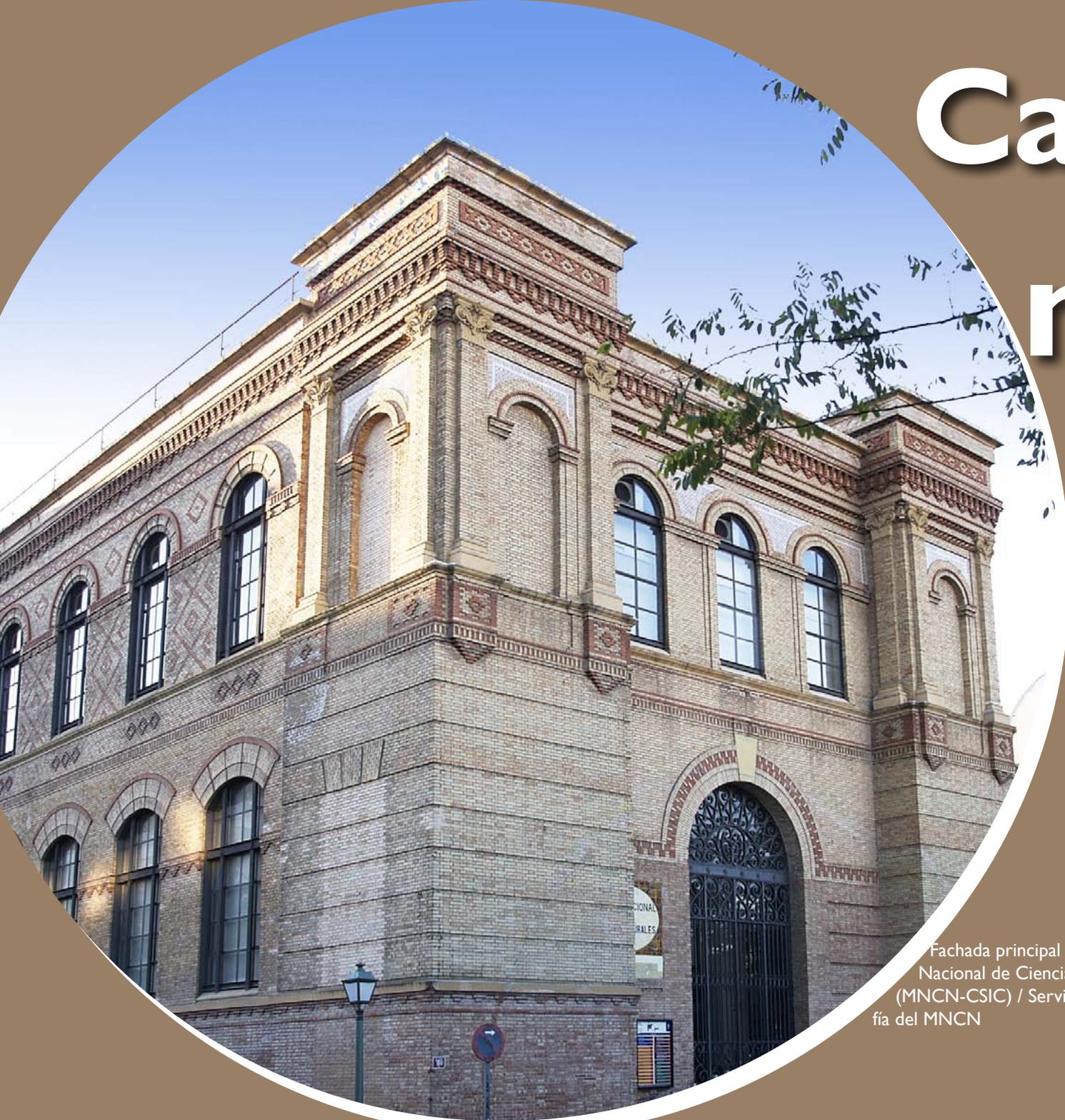
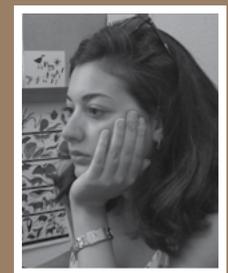


Carta a un museo



Fachada principal del Museo
Nacional de Ciencias Naturales
(MNCN-CSIC) / Servicio de fotogra-
fía del MNCN



Elena Bermejo
González

A veces creemos que sabemos algo y resulta que no sabemos nada. Soy de las que saben un poco de todo y mucho de nada. Soy una gran novata, no en vano me han llamado “La nueva” en el MNCN, eso sí, una novata con mucha suerte. Una suerte que encontré en un microuniverso, en medio de la locura desacelerada de este Madrid veraniego de 2016. Mucho calor, tráfico moderado y el Museo Nacional de Ciencias Naturales.

El primer día que llegué a hacer las prácticas en el MNCN- estas siglas se me quedarán grabadas por mucho tiempo-, pisé el museo sin expectativas claras de qué esperaba de este proceso formativo. Por no saber no sabía ni cuáles serían mis labores. La sombra de una duda me

acechaba o mejor dicho, no me dejaba en paz: ¿qué relación puede crearse entre una estudiante de traducción y las ciencias naturales?

Solo un vago recuerdo de infancia me unía al museo; una visita a los ocho años y dos imágenes: el elefante disecado y el calamar gigante.



Entrada de 'La Casita' / Xiomara Cantera

“Durante varias semanas he formado parte de un equipo encargado de ser la voz del museo en los diarios, las redes sociales y todos aquellos que se interesan por la ciencia”

Trece años después me sorprendí volviendo a pisar las salas del museo esta vez para hacer unas prácticas en el departamento de comunicación, no sin antes hacer gala de mi particular sentido de la desorientación y entrar en el edificio de la escuela de ingeniería. Ya se sabe que los mejores tesoros siempre son difíciles de hallar.

Sin duda ha sido una gran experiencia y de ella extraigo una idea que me absorbe, también resultante de la esencia del propio lugar. El museo que he podido conocer entraña una paradoja, la coexistencia de seres disecados que se observan a través de las vitrinas de cristal y la actividad que se desarrolla en los despachos y laboratorios, aparentemente inapreciable para los visitantes del museo. Hasta hace poco, yo era una visitante más que sólo llega a ver lo evidente pasando por alto gran parte de lo que pasa tanto en el edificio principal como en el anexo que todos conocen como “la casita”.

En un oasis verde con estanque incluido, situado detrás del histórico edificio del Museo Nacional de Ciencias Naturales hay un jardín en el que es posible descubrir una caseta de pequeñas dimensiones camuflada entre el espesor de los árboles de su alrededor. Su existencia es ajena para los visitantes del museo y solo el bullicio de los niños del campamento de verano interrumpe su estado de aparente tranquilidad. Recalco lo de aparente, ya que dentro el ruido de teléfonos, el tecleo de ordenadores de forma metódica e incesante y las puertas chirriantes le





“Imagen de mi lugar de trabajo durante tres meses”/ Xiomara Cantera

ponen banda sonora a la actividad frenética de ‘la casita’, un espacio que se convirtió durante unas semanas en un aula magna particular.

Es cierto que no son muchos los que trabajan en este reducido espacio, pero no por ello han sido menores las enseñanzas. Desde el primer día pude disfrutar de un despacho que goza de la decoración más motivadora del mundo, al igual que de la amable y generosa disposición de mis compañeros. La nueva, empezó este recorrido con un conocimiento bastante lego de las ciencias naturales y, pese a seguir sin saber mucho, hoy conoce un poco más sobre las vicisitudes de esta ciencia. Desde fuera, es difícil comprender cómo funcionan las entrañas de este ‘organismo vivo’ que es el MNCN. Asombra constatar el conocimiento que albergan sus muros y conocer la ardua tarea de difundirlo y comunicarlo a aquellos, a nosotros, a la gente de la calle.

Durante mi estancia en el museo he conocido a un par de científicos, esas personas singulares a las que deberíamos admirar. Sin duda, toda una experiencia que me ha descubierto que son personas inspi-

“En los diccionarios no aparece la definición de comunicación tal y como yo la he experimentado y comprendido: tejer con palabras de a pie el contenido científico”

radoras. Y no me refiero solo al objetivo de sus investigaciones -yo no sospechaba que alguien pudiera estudiar los seres que habitan el agua que cubre la huella de vaca, que los cucos parasitan los nidos de otras aves o que en España habitaron jirafas hace millones de años-. Los científicos inspiran por su motivación, porque dedican su vida a la investigación y el estudio. Un científico nunca deja de ser científico. Su compromiso con el mundo en el que vive se reitera al publicar nuevas investigaciones con las que intentan confirmar lo necesario que es cada ente para sostener la vida en la Tierra.

Es por ello que la ciencia necesita ir de la mano de la comunicación. Más de medio cente-



El MNCN reflejado en el estanque que hay frente a “La casita” / Xiomara Cantera



Elena Bermejo González, (La segunda comenzando por la izquierda) junto a parte de las mujeres que trabajan en “La casita”.

nar de investigaciones son publicadas en revistas científicas cada año, pero ¿cuántas de estas realmente alcanzan las páginas de los diarios que lee un jubilado o la pantalla de nuestros ordenadores y smartphones? Esa brecha de es-

“Cada tuit o post que el museo publica es un intento para dar a conocer la vida de este instituto, una invitación para redescubrir la ciencia e impulsar ese espíritu científico oculto de las generaciones venideras”

“El compromiso de los investigadores del MNCN con el mundo en el que viven se reitera al publicar nuevas investigaciones con las que confirman lo necesaria que es cada especie para sostener la vida en la Tierra”

pecialización o conocimiento que diferencia al “Homo de a pie” del “Homo científico” se consigue salvar gracias al puente que tienden las personas de la casita y la colaboración de los investigadores del MNCN. En los diccionarios no aparece la definición de comunicación tal y como yo la he experimentado y comprendido: tejer con palabras de a pie el contenido científico por medio de una colaboración estrecha, respetando la esencia de ambos campos con el fin difundir y divulgar el valor de estas investigaciones a todos los públicos.

Este es el vínculo con el MNCN del que esta traductora en ciernes ha formado parte. Durante varias semanas he formado parte de un equipo encargado de ser la voz del museo en

los diarios, las redes sociales y todos aquellos que se interesan por la ciencia. Nadie nace sabiendo; el gusanillo de la ciencia tampoco viene programado genéticamente. Muchos científicos, seguramente, escogieron la ciencia como su estilo de vida porque un día siendo pequeños descubrieron al idiosincrático Félix Rodríguez de la Fuente o leyeron los artículos de *Muy Interesante*. Cada tuit o post en Facebook que el museo publica es una ventana para dar a conocer la vida de este museo y NaturalMente, esta publicación digital invita a redescubrir la ciencia de una manera diferente, impulsar ese espíritu científico oculto de las generaciones venideras y conceder en sus páginas un vis à vis entre el científico y el lector.

Las palabras de este artículo recogen el final de mis prácticas, pero no de mis visitas al museo. Gracias a las muchas personas que he conocido y han dedicado su tiempo a mostrarme este “coloso” creado por la incasable motivación de científicos e intelectuales durante tres siglos, cuyo testigo recogen los compañeros que, hoy día, con esfuerzo sortean los caprichos de estos nuevos tiempos. La modernidad y tecnología hallan poco a poco su espacio en el museo. Y, por qué no, hacen hueco entre sus colecciones, despachos y laboratorios a las nuevas generaciones hambrientas por investigar y conocer todavía lo mucho que ignoramos sobre nuestro planeta. Generaciones como la mía, personas como yo.

Hasta siempre, naturalmente ■

